

Oda al odio

Selección, prólogo y notas
de Ariel Magnus



Adriana Hidalgo editora

Conrad, Joseph
Oda al odio / Joseph Conrad ; Samuel Beckett ; Juan José Saer ; compilado por
Ariel Magnus. - 1a ed. compendiada. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Adriana Hidalgo editora, 2015
416 p. ; 22 x 14 cm. - (el otro lado / clásicos)

ISBN 978-987-3793-55-4

I. Literatura Clásica Universal. I. Magnus, Ariel, comp.
CDD 860

el otro lado / clásicos

Editor: Fabián Lebenglik
Diseño: Gabriela Di Giuseppe

© Samuel Beckett, *Malone Dies*, Penguin Books, 1975, pp. 5-6, *Malone meurt*, 1951 © Les Editions de Minuit © de la trad.: Ana María Moix; © Martin Walser, "Nachruf auf Litze", in *Werke in 12 Bänden*, Band 8, s. 204-206, Suhrkamp, "Nachruf auf Litze" © Suhrkamp Verlag Frankfurt am Main, 1997. All rights reserved by Suhrkamp Verlag Berlin; © Herederos de Juan José Saer c/o Guillermo Shavelzon & Asociados, Agencia Literaria, info@shavelzon.com, Juan José Saer, *El entenado*, Alianza, 1992, p. 45; Ludwig Klages, Bouvier Verlag Herbert Grundmann, 1981, pp. 757-8, 766-8 © Ludwig Klages, Bouvier Verlag Herbert Grundmann, 1981; Ulrich Horstmann, *Das Untier*, Suhrkamp, 1985, 56-59; "Das Untier" © Ulrich Horstmann, Suhrkamp Verlag Frankfurt am Main 1985. All rights reserved by Suhrkamp Verlag Berlin; Durs Grünbein, "Metapher", en *Der Misanthrop auf Capri*, Suhrkamp, 2005, pag. 74, "Metapher" © Suhrkamp Verlag Frankfurt am Main 2005. All rights reserved by Suhrkamp Verlag Berlin; Florence King, *With Charity Toward None*, St. Martin's Griffin, 1992, págs. 171-2, 174-8, 181 © by Florence King; Matias Faldabakken, *The Cocka Hola Company* © Matias Faldabakken, 2009 © de la trad. SUMA DE LETRAS, José Aníbal Campos; J.P. Sartre, *A puerta cerrada* (1944), * *A puerta cerrada* © de la trad.: Editorial Losada; Bukowski "Earthquake" y "Don't", "Earthquake" de MOCKINGBIRD WISH ME LUCK © Charles Bukowski, 1972, "Don't come around me but if you do..." de BURNING IN WATER DRAWING IN FLAME © Charles Bukowski, 1974; J.M.G. Le Clézio, selección de *El éxtasis material*, trad. de Juana Bignozzi, *El éxtasis material* © J.M.G. Le Clézio © Éditions Gallimard 2008; © *Deshielo*, Ilija Trojanov, interZona editora | Rayo Verde editorial 2013, de la trad.: Rosa P. Blanco.

Las traducciones de *Ensayos*, de Montaigne; *Pensamientos*, de Pascal; *El misántropo*, de Molière; "Micromegas", de Voltaire; *Crítica de la religión y del Estado*, de Jean Meslier; "El extranjero", de Charles Baudelaire y *A contrapelo*, de Joris-Karl Huysmans fueron realizadas por Mariano García.

Las traducciones de los textos restantes, excepto las arriba consignadas, fueron realizadas por Ariel Magnus.

© Adriana Hidalgo editora S.A., 2015
www.adrianahidalgo.com

ISBN Argentina: 978-987-3793-55-4
ISBN España: 978-84-15851-71-4

Impreso en Argentina
Printed in Argentina
Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito
de la editorial. Todos los derechos reservados.

La editorial agotó las posibilidades de búsqueda de los derechohabientes de los textos no consignados más arriba y
está a disposición en caso de haber omisiones involuntarias.

ODA AL ODIO

PRÓLOGO

Detesto los prólogos, así que seré breve.

El odioso lector encontrará en este libro un repaso más o menos cronológico de textos en donde se ventila la única pasión humana digna de interés: el asco por la propia especie. A favor de nuestra calaña, como la presente antología espera dejar demostrado de una vez y para siempre, sólo habla el hecho de que los sentimientos misantrópicos datan ya de la Antigüedad y llegan intactos hasta el presente, casi sin hiatos en el tiempo. Con sus respectivas variaciones de tono y enfoque, cada época supo felizmente producir a los autores encargados de recordarnos que no somos nada, sino algo, y muy feo. Si los argumentos de estos preclaros a veces se repiten no es por lo tanto culpa de ellos, sino de su invariable objeto, incapaz de cualquier progreso esencial. Así y todo, cada vuelta en la espiral del autoodio agrega una perspectiva más desde la cual asombrarnos de nosotros mismos. Nuestro caudal de cualidades repulsivas es prácticamente inagotable.

Dejo a otros la melindrosa tarea de delimitar a la misantropía de sentimientos afines como el nihilismo o el escepticismo, acaso el antiintelectualismo y en parte (su mejor parte) la misoginia. Todos ellos guardan algún rasgo de nobleza, y por ende no han sido discriminados en esta ecuménica selección. No se incluyen, en cambio, textos sólo sutilmente misántropos, como cada uno de los que fueron alejando al hombre del centro de la creación. Tampoco saciará su morbo psicopático el lector que busque aquí la firma de Hitler o del último proyectito de genocida que salió a liquidar gente por ahí. Nadie es más ajeno al pensamiento misantrópico, es decir, a la sensatez, que quien se dedica a la absurda tarea de aniquilar a sus congéneres, máxime si lo hace alegando cuestiones de superioridad racial o moral, la más humana de las necesidades.

Aunque el modelo de misántropo ideal sea probablemente el del ermitaño, de preferencia ateo, siempre guardando la debida simpatía

de época por el neurótico urbano que sufre (o goza) de fobia social, aquí encuentran albergue también los resentidos que decidieron alejarse de sus semejantes por despecho amoroso, fraude económico o cualquier otro motivo menor. Preferir al misántropo puro, casi tautológico, ese que no tiene razones personales para su aversión, no debe impedirnos comprender que también otras causas, por muy individuales y, en ese sentido, despreciables que sean, pueden gestar un odio sincero y bello.

Buena parte de los nombres aquí antologados se los debo al estudio *Representación del odio humano en la literatura alemana del siglo XVIII y XIX* de Gerhard Hay, publicado en Fráncfort del Meno en 1970. También busqué material de lectura en *Odio y civilidad*, de Christopher Lane (Estados Unidos, 2004). Si quedaron afuera algunos autores quizá obligatorios, como Melville o Dickens, fue porque a pesar de presentar personajes misántropos no contienen, o yo no encontré, fragmentos con esa temática que se sostuviesen por su propio peso. Otros autores faltan por el eterno problema de los hombres: depender de los demás. Amigos Emil Cioran, Albert Camus, Jean Rhys, Ágota Kristof, Ernesto Sábato, Horacio Castellanos Moya y Fernando Vallejo: prefiero pensar que no se han quedado afuera por problemas burocráticos sino que se han autoexcluido deliberadamente. Los otros que faltan, y que acaso sean los más, se deben a baches de erudición, que en la ruta de mis lecturas deben ocupar más lugar que la parte asfaltada (aunque ignorar las cosas humanas es una suerte de profunda sabiduría). Me disuadieron de asociarme con gente más leída, por un lado, mi incapacidad para entenderme con otras personas, aun cuando se trate de despotricar contra los demás, y por el otro, el riesgo de dar una imagen de camaradería contradictoria con el tema del libro, y dañina como ejemplo de vida en general.

A modo de guía de lectura, introduje los textos con breves comentarios, en los que no pude evitar deslizar algún dato fáctico. Espero que esos chismes no le hagan olvidar al lector que poco importa quién escribió un texto, ni dónde, ni cuándo, con tal de que el texto sea malo.

Por último, me siento obligado a dejar asentada una confesión de la que estoy todo menos orgulloso: este libro también persigue un fin filantrópico. Pues aparte de interpelar a mis hermanos (a distancia) se dirige a quienes nos creen unos monstruos. Mi secreto deseo es que estas páginas convoquen a los que no entienden que el hombre pueda odiar al hombre, en la esperanza de que al terminar su lectura se pregunten más bien cómo es posible que ellos alguna vez, y tantos tontos todavía, hayan creído tener que amarlo. A todos los que acaso piensan que el odio es una forma del amor, aquí van estas páginas para que al fin descubran que esa ecuación puede ser cierta, pero también es reversible.

A.M.
Las afueras, fin de año.

Hay textos misantrópicos más antiguos que el Antiguo Testamento, pero sería irrespetuoso, o incluso desagradecido, no darle el primer lugar de esta Oda al libro de los libros, habida cuenta de que gracias a él se han exterminado entre sí más hombres que los que cualquier misántropo se atrevería a soñar.

El pasaje entonces fundacional se encuentra en el Libro del Eclesiastés (3,16-4,4), atribuido al rey Salomón. Ya aquí encontramos dos tópicos que luego se repetirán a lo largo de los milenios: por un lado, el de comparar al hombre con el resto de las bestias, por su predisposición a la violencia y al egoísmo; y por el otro, el de acusarlo de no ser más que un manojo de vanidades, lo que puede sonar contradictorio, pero en el fondo lo coloca incluso por debajo de las bestias, que al menos son tales por mandato de la naturaleza y no por esnobismo.

LIBRO DEL ECLESIASTÉS

Vi más debajo del sol:
en lugar del juicio, impiedad;
y en lugar de la justicia, iniquidad.
Y dije en mi corazón:
Al justo y al impío juzgará Dios,
porque allí hay un tiempo para todo lo que se quiere
y para todo lo que se hace.
Dije en mi corazón:
Es así, por causa de los hijos de los hombres,
para que Dios los pruebe,
y para que vean que ellos mismos son semejantes a las bestias.
Porque lo que sucede a los hijos de los hombres,
y lo que sucede a las bestias, un mismo suceso es:
como mueren los unos, así mueren los otros,

y una misma respiración tienen todos;
ni tiene más el hombre que la bestia;
porque todo es vanidad.
Todo va a un mismo lugar;
todo es hecho del polvo,
y todo volverá al mismo polvo.
¿Quién sabe que el espíritu de los hijos de los hombres sube arriba,
y que el espíritu del animal desciende abajo a la tierra?
Así, pues, he visto que no hay cosa mejor para el hombre
que alegrarse en su trabajo, porque esta es su parte;
porque ¿quién lo llevará para que vea lo que ha de ser después de él?
Me volví y vi todas las violencias que se hacen debajo del sol;
y he aquí las lágrimas de los oprimidos,
sin tener quien los consuele;
y la fuerza estaba en la mano de sus opresores,
y para ellos no había consolador.
Y alabé yo a los finados, los que ya murieron,
más que a los vivientes, los que viven todavía.
Y tuve por más feliz que unos y otros al que no ha sido aún,
que no ha visto las malas obras que debajo del sol se hacen.
He visto asimismo que todo trabajo y toda excelencia de obras
despierta la envidia del hombre contra su prójimo.
También esto es vanidad y aflicción de espíritu.

Mucho más antiguo que el Libro del Eclesiastés es el siguiente poema egipcio, que se conserva en un único manuscrito de alrededor del 1800 a.C. Se trata del diálogo que mantiene un hombre que está harto de vivir (lebensmüde, en alemán, un término que no puede faltar en el diccionario multilingüe del buen misántropo) con su Ba, el alma independiente del cuerpo, que se representaba mediante la figura de un pájaro. Su carácter misantrópico es bastante leve y hasta discutible, pues tras la queja amarga reverbera la nostalgia de un pasado mejor y aun el deseo de que los hombres cambien en el futuro, para lo cual primero hay que creer que tienen esa capacidad, lo cual es creer quizá demasiado. Como sea, no deja de ser interesante comprobar que ya en el antiguo Egipto el hombre no podía confiar ni en su hermano y por lo tanto no tenía a quién hablarle, más que a su propia alma.

POEMA EGIPCIO

¿A quién debo hablarle hoy?
Los parientes son malos, a los amigos de hoy no se los puede
querer.
¿A quién debo hablarle hoy?
Codiciosos son los corazones, cada cual le roba a su prójimo.
¿A quién debo hablarle hoy?
La clemencia se ha destruido, la violencia toma posesión de
cualquiera.
¿A quién debo hablarle hoy?
El rostro del malvado brilla satisfecho
el bueno ha sido arrojado al piso en todas partes.
¿A quién debo hablarle hoy?
El que le pide cuentas a un hombre por una mala acción
hace reír a todos los bribones.

¿A quién debo hablarle hoy?
Se saquea. Todos le roban al más próximo.
¿A quién debo hablarle hoy?
El ladrón es un hombre de confianza,
el hermano, junto al que se vivía, se ha vuelto un enemigo.
¿A quién debo hablarle hoy?
Nadie se acuerda del ayer
ni (tampoco) se le devuelve a aquel que hoy hace (algo bueno).
¿A quién debo hablarle hoy?
Los parientes son malos,
hay que dirigirse a extraños para encontrar honradez.
¿A quién debo hablarle hoy?
Los corazones se han destruido,
todos bajan la vista al suelo frente a sus parientes.
¿A quién debo hablarle hoy?
Los corazones son codiciosos
(ya) no se puede confiar en el corazón de ninguna persona.
¿A quién debo hablarle hoy?
No hay justos,
el mundo queda a merced de quienes cometen injusticias.
¿A quién debo hablarle hoy?
Falta confianza
se busca refugio con el desconocido, para con él lamentarse.
¿A quién debo hablarle hoy?
No hay personas felices, y aquel
con quien se iba (antaño), ya no está.
¿A quién debo hablarle hoy?
Estoy cargado de desgracia
porque me falta alguien de confianza.
¿A quién debo hablarle hoy?
El mal que golpea al mundo
¡no tiene fin!

Otro texto anterior al Eclesiastés es El díscolo de Menandro, también llamado El misántropo. La comedia data del siglo IV a.C. e inaugura, con Cnemón, la larga lista de personajes que encarnan la figura más o menos caricaturizada del odiador de hombres. Como se constata también en obras subsiguientes de otros autores, la de Menandro expone a esta figura con el fin de ridiculizarla y cierra con un final feliz, dos decisiones lamentables que sin embargo no le restan valor a los tramos odiosos. Muy por el contrario, podría decirse que las diatribas misántropas de Cnemón, el padre que no quiere que su hija se case, constituyen los momentos más inspirados de esta comedia, tanto más cuanto lo hacen en un clima hostil a la hostilidad. Sacarlos de ese desfavorable contexto (a saber: 150-166; 464-486; 742-747) equivale, pues, a colocarlos en el que se merecen, o sea este.

Menandro

EL DÍSCOLO

CNEMÓN

¿No era el Perseo del mito doblemente rico? Por un lado, porque tenía alas y por lo tanto no se encontraba con nadie que se moviera por el piso. Y por el otro, porque poseía una cosa con la que convertir en piedra a todos los molestos.
¿Eso quisiera yo tener ahora! Nada habría entonces en mayor abundancia que estatuas de mármol por doquier. Pero, ¡por Asclepios!, así no se puede vivir. Llegan hasta mis tierras y me hablan. ¿Acaso porque pierdo mi tiempo cerca del camino? No, si a esta parte de mis tierras ni la labro, sino que huyo de allí donde pasa gente. Pero ahora ya me persiguen hasta lo alto de la montaña. ¡Ay, estas masas de gente!

(...)

CNEMÓN

¿Qué haces tocando a mi puerta, gnomo miserable?

GETAS (*Un esclavo*)

¡No me muerdas!

CNEMÓN

Sí que lo haré, y te comeré vivo.

GETAS

¡No, por Dios!

CNEMÓN

¿Es que arreglé algún tipo de negocio contigo, maldito granuja?

GETAS

Ningún negocio; no vengo a cobrar deudas o a entregar una cita judicial, no; sólo pido una olla.

CNEMÓN

¿Una olla?

GETAS

Una olla.

CNEMÓN

¡Serás bribón! ¿Crees que yo sacrifico bueyes, que hago como ustedes?

GETAS

(*Aparte.*) Creo que ni siquiera un caracol ofrendas tú... Adiós, mi muy estimado. Fueron las mujeres quienes me enviaron a tocar tu puerta y a pedirte. Eso es lo que hice, en vano. Por

lo tanto, regreso y lo reporto. ¡Altísimos Dioses, este es una culebra gris! (*Se va.*)

CNEMÓN

¡Bestias venenosas! Tocan a la puerta como si fuera la de un amigo. Si encuentro a alguien junto a la mía y no hago con él algo que sirva como ejemplo, me van a tomar por un cualquiera. Este de ahora, quienquiera que fuera, no sé cómo logró salvarse.

(...)

CNEMÓN

Déjenme decir algunas cosas sobre mí y los de mi tipo. Si todos fueran como yo, entonces no habría tribunales, y la gente no se metería mutuamente en la cárcel. No habría guerras, y cada uno estaría satisfecho con sus moderadas posesiones. Pero quizá les guste más como es ahora, y entonces quédense con eso. El viejo insufrible [díscolo] ya no los molestará.

Con todo, el prototipo del misántropo, su sinónimo por excelencia, no es Cnemón, sino indudablemente Timón. A este ateniense lo describe Plutarco en su “Vida de Antonio”, que forma parte de sus Vidas paralelas (siglo I), aunque verdaderamente célebre lo hizo más tarde Shakespeare, con su obra Timón de Atenas (a la que nos referiremos más adelante, o mejor dicho me referiré, porque estoy solo acá, y bien contento de estarlo).

Plutarco

VIDAS PARALELAS

Antonio

(...) Pero Antonio, abandonando la ciudad y la conversación de sus amigos, se construyó una vivienda sobre el agua, cerca de Faros, sobre una calzada que se prolongaba mar adentro, y allí, reclusándose de la compañía de la humanidad, dijo que no deseaba otra cosa que llevar adelante la vida de Timón; en efecto, su caso era el mismo, pues las ingratitudes y las injurias que había sufrido por parte de aquellos que él había estimado como sus amigos lo habían hecho odiar y desconfiar de toda la humanidad.

Este Timón era un ciudadano de Atenas que vivió en los tiempos de las guerras del Peloponeso, como puede verse por las comedias de Aristófanes y por Platón, donde es ridiculizado como el que odia a la humanidad y el enemigo de la misma. Se evadía y repelía los acercamientos de todas las personas, pero abrazaba y besaba con las mayores muestras de afecto a Alcibíades, que por entonces se hallaba en su tierna juventud. Y cuando Apemantus, mostrándose

sorprendido, demandó la razón de ello, él contestó que sabía que un día ese muchacho le haría un daño infinito a los atenienses. Nunca admitió a nadie en su compañía, excepto a veces a este Apemantus, que era de su mismo tipo de carácter y un imitador de su forma de vida. En la celebración del festival de los cántaros, donde ambos compartieron el mismo banquete, Apemantus le dijo: “¡Qué fiesta más placentera, Timón!”. “Lo sería –le respondió el otro– si tú no estuvieras aquí”. Un día se paró en el lugar del orador en medio de una asamblea llena y cuando se hizo un silencio sepulcral y reinaba un gran asombro por este espectáculo tan poco común, dijo: “Hombres de Atenas, soy poseedor de un pequeño terreno, en el que crece una higuera, de la que muchos ciudadanos han tenido el placer de colgarse; y ahora, puesto que he decidido construir en ese mismo lugar, quisiera anunciar públicamente que cualquiera de ustedes que pudiera sentir el deseo puede ir y colgarse antes de que lo derribe”. Murió y fue enterrado en Halae, cerca del mar, donde ocurrió que, tras su entierro, tuvo lugar un desprendimiento de tierra en ese punto de la orilla, y el mar inundó el lugar, rodeando su tumba y tornando inaccesible su acceso a pie. Llevaba esta inscripción:

*Aquí yazgo, terminada mi vida miserable.
No preguntes mi nombre, los maldigo a todos.*

Este epitafio fue hecho por él mismo cuando todavía estaba en vida; más conocido en general es el de Calímaco:

*Timón, el misántropo, soy yo el de abajo.
Sigue de largo; insúltame, si quieres, pero sigue de largo.*

Otro Timón anterior al de Shakespeare, y una de sus fuentes principales, es el diálogo satírico Timón o el misántropo de Luciano de Samósata (c. 120-c. 180). Misántropo por despecho (sus así llamados amigos lo dejan de querer y aun de ayudar cuando se queda sin dinero), Timón se va a vivir al monte y abjura del género humano. Al final termina tirándole piedras a cualquiera que se le acerque.

Luciano de Samósata

TIMÓN

TIMÓN

¿Qué clase de malditas figuras son estas? ¿Qué los trae hasta aquí, a molestar en su trabajo a un honesto jornalero? Pero no les saldrá gratis, bribones, que eso es lo que son todos ustedes. Les voy a tirar tantos terrones y piedras que no les quedará ni un hueso entero.

HERMES

¡Deja eso, Timón! No somos seres humanos, como tú piensas: yo soy Hermes, y este aquí es Plutón, el Dios del dinero. Zeus escuchó tu pedido y nos ha enviado a verte. Recibe, pues, enhorabuena, la felicidad y la prosperidad de nuestras manos, y deja ya de trabajar como una bestia en esta amarga labor.

TIMÓN

No les irá mejor a ustedes por ser los dioses que dicen ser, pues yo odio a los dioses tanto como a los humanos, y a ese ciego ahí, quienquiera que sea, le partiré el cráneo con mi azada.

PLUTO

¡Por Zeus, Hermes, vámonos! Ya veo que este hombre está loco de remate. Yo me voy antes de que me pase algo.

HERMES

No te apresures, Timón. Abandona esos modos salvajes y atropellados. Extiende los brazos para tomar con ambas manos tu buena fortuna, serás de nuevo rico y el número uno entre los atenienses; pero esta vez sé feliz para ti mismo y desprecia a los malagradecidos.

TIMÓN

¡No necesito nada de ustedes! ¡Dejen ya de molestarme! Mi azada es riqueza suficiente para mí. Por lo demás, si tan sólo nadie se acercara a mí, ya con eso sería tan feliz como deseo serlo.

HERMES

¿Tan asocial, amigo? ¿Debo transmitirle a Zeus esta ruda respuesta de tono áspero? Entiendo que te hayas convertido en un misántropo, tras haber sufrido tantas injusticias enormes de parte de los hombres, pero no entiendo cómo puedes ser un enemigo de los dioses, que con tanta bondad se ocupan de ti.

TIMÓN

A ti, Hermes, y a Zeus les estoy agradecido de corazón por el cuidado que me dispensan, pero con ese Pluto no quiero tener nada que ver.

(...)

TIMÓN

(...) Para el resto de mi vida apruebo y promulgo la siguiente ley: no tendré contacto con ninguna persona, ni los reconoceré, sino que los ignoraré. Las palabras “amigo”, “huésped”,

“camarada” y “altar de la misericordia” dejarán de tener sentido en mi idioma, y compadecerme de alguien que llora o ayudar a un necesitado será un crimen y una afrenta de las buenas costumbres. Viviré aislado y sólo conmigo mismo, como los lobos, y no tendré otro amigo en el mundo más que Timón. A todos los otros tendré por enemigos, ladrones y asesinos, y hablar con cualquiera de ellos equivaldrá a contaminarme. El día en que vea tan sólo a uno de ellos será declarado un día nefasto. No me será permitido ni acoger a uno de sus enviados, ni hacer con ellos ningún tipo de pacto; mis relaciones con ellos serán tan escasas como si se tratara de estatuas de piedra o de bronce. Este desierto será la frontera con ellos. “Compañeros de gremio o de comunidad”, “colega”, “conciudadanos” y mismo “patria”, todos conceptos vacíos que sólo son respetados por personas insensatas. Que Timón sea rico para sí mismo, que la pase bien estando solo, bien lejos de todos los aduladores y los halagadores exagerados. Solo estará, aun cuando haga sacrificios a los dioses y celebre las festividades, pues no tendrá más vecinos que él mismo, a todos los demás se habrá sacado de encima. Sí, incluso al morir no será despedido por ningún otro hombre que no sea él mismo y se pondrá con su propia mano la corona mortuoria que acostumbran colocar los amigos del fallecido. Estaré orgulloso de portar el bello nombre de “misántropo” y el malhumor, la grosería, la brutalidad y la inhumanidad serán los rasgos de mi carácter. Si viera a un hombre en peligro de fenecer por causa de un incendio y él me pidiera ayuda para apagar las llamas, con todas mis fuerzas yo las apagaré: con brea y aceite; y si una corriente invernal arrastrara a uno delante de mis ojos y él pidiera ayuda a los gritos extendiendo las manos, será mi deber sumergirle la cabeza y ocuparme de impedir con fuerza que vuelva a asomarla. Pues sólo de esta forma les devolveré lo que he recibido de ellos.

Esta ley promovió Timón, hijo de Equecratides, del distrito de Colito, y el dicho Timón la confirma, ya que reúne en su

persona al presidente y a la asamblea. Y así ha de quedar, y tendrá la fuerza de una ley irrevocable, y nosotros sabremos defenderla virilmente. Por lo demás, me sería muy placentero si pudiera anunciarles ahora a todos los atenienses que he vuelto a ser inmensamente rico, pues estoy seguro de que les echaría la sogá al cuello. Pero, ¿cómo? ¿Qué significa esto? Allí los veo ya venir desde todas partes, completamente cubiertos de polvo y sin aliento. Les debe haber llegado el rumor sobre mi oro, aunque no sé cómo. ¿Qué queda ahora por hacer? ¿Debo encaramarme en aquella elevación y desde ese lugar firme darles la bienvenida con un granizo de piedras? ¿O debemos quebrantar esta sola vez nuestra ley y volver a hablar con ellos, a fin de ofenderlos aún más por el modo vejatorio con que los trataremos?

Según la misántropa militante Florence King, a quien ya citaré más adelante, se sabe que el Timón de Atenas de William Shakespeare está “universalmente reconocida como su peor obra”. Por algo lo universal es más bien su desconocimiento, y por algo a su única versión cinematográfica la dirigió un tal Michael Shaw Fisher. Y en efecto, la obra es bastante tediosa, sobre todo la primera parte, de modo que me limito a poner aquí sólo algunos tramos de la segunda, donde repunta un poco gracias a los sermones blasfemos de su protagonista. Ese mismo que, curiosamente, trascendió tanto o más que Hamlet, pues es sobre todo a esta obra (y no tanto a sus fuentes griegas) que debemos el término “timoniano” como sinónimo de misantrópico. La pieza es de 1623, hasta que alguien diga que es de un año antes o dos más tarde, o que no es de Shakespeare, si alguna lo es.

William Shakespeare

TIMÓN DE ATENAS

ACTO IV

Escena I

Afuera de los muros de Atenas. Entra TIMÓN.

TIMÓN

Déjame volverme a mirarte. Oh tú, muro,
Que contiene ahí a esos lobos, sumergido en la tierra,
Y no cercas Atenas. Matronas, ¡tórñense incontinentes!
¡Falte la obediencia en los niños! ¡Esclavos y tontos,
Arranquen al grave arrugado senado del tribunal,
Y a los ministros de sus sitios! En mugre general

Conviertan, al instante, a la verde virginidad.
 ¡Háganlo a la vista de sus parientes! Insolventes, manténganse
 firmes;
 Antes que devolver, saquen los cuchillos,
 Y corten los cuellos de sus acreedores. Amarrados sirvientes,
 roben;
 Ladrones manilargos sus graves amos son,
 Y unos ascos por ley. Criada, a la cama de tu amo;
 ¡Tu ama es del hermano! Hijo de dieciséis,
 ¡Arranca la muleta revestida de tu viejo y cojo padre
 Y con ella rómpela la cabeza! Piedad y temor,
 Culto a los dioses, paz, justicia, verdad,
 Recogimiento doméstico, descanso nocturno, vecindad,
 Educación, modales, misterios y comercio,
 Títulos, observancias, costumbres y leyes,
 Declinen hacia su desconcertante contrario,
 ¡Y que viva la confusión! Plagas del hombre
 Sus potentes e infecciosas fiebres acumulen
 Sobre Atenas, madura para la caída. Fría ciática,
 Paraliza a nuestros senadores, para que sus miembros se
 sostengan
 Con la debilidad de sus convicciones. Lujuria y libertad
 Arrástranse dentro de las mentes y las médulas de nuestra
 juventud
 Para que luchen en contra de la corriente de la virtud
 Y se ahoguen en el disturbio. Picores y llagas
 Siembren los corazones de todos los atenienses, y su cosecha
 Sea una lepra general. El aliento infecte al aliento,
 Para que su sociedad, igual que su amistad, sea
 Solamente venenosa. ¡Nada me llevaré puesto de ti
 Que no sea mi desnudez, ciudad detestable!
 Toma tú también eso, con múltiples maldiciones.
 Timón se va al bosque, donde encontrará
 A la bestia menos amable más amable que a la humanidad.
 ¡Los dioses confundan –óiganme, buenos dioses todos–

A los atenienses, dentro y fuera del muro!
 Y garanticen que, en tanto crezca Timón, crezca su odio
 A la raza entera de los humanos, de punta a punta.
 Amén. (*Mutis.*)

(...)

ALCIBÍADES

¿Qué eres tú ahí? Habla.

TIMÓN

Una bestia, como lo eres tú. La úlcera corroa tu corazón
 Por volver a mostrarme los ojos de un hombre.

ALCIBÍADES

¿Cuál es tu nombre? ¿Es el hombre tan odioso para ti,
 Siendo tú mismo un hombre?

TIMÓN

Yo soy *misanthropos*, y odio a la humanidad.
 En cuanto a ti, desearía que fueras un perro,
 Para poder quererte un poco.

ALCIBÍADES

Te conozco bien
 Pero inculto y ajeno soy a tus fortunas.

TIMÓN

Yo a ti no te conozco; y más que conocerte
 No deseo conocer. Sigue a tu tambor
 Con sangre humana pinta el piso, rojo, rojo;
 Los cánones religiosos y las leyes civiles son crueles;
 ¿Qué será entonces la guerra? Esta puta bilis tuya
 Tiene en ella más destrucción que tu espada
 Con toda su apariencia de querubines.

PHRYNIA

¡Los labios se te pudran!

TIMÓN

No te besaré; pues la putrefacción regresa
A tus propios labios nuevamente.

ALCIBÍADES

¿Cómo llegó el noble Timón a este cambio?

TIMÓN

Como lo hace la Luna, por falta de luz para dar:
Pero luego no pude renovarme, como la Luna;
No había soles de los que tomar prestado.

ALCIBÍADES

Noble Timón, ¿qué servicio de amistad puedo hacerte?

TIMÓN

Ninguno, sino mantener mi postura.

ALCIBÍADES

¿Cuál es, Timón?

TIMÓN

Prométeme amistad, pero no la mantengas: si no me lo
prometes,
los dioses te apesten, pues eres un hombre.
Si la mantienes, maldito seas, pues eres un hombre.
(...)
Ve, vive en la riqueza y la felicidad
Pero con esta condición: construye lejos de los hombres;
Odia, maldice a todos, no te apiades de nadie;
Deja que la carne hambrienta resbale del hueso
Antes de aliviar a un mendigo; da a los perros

Lo que niegas a los hombres; que las prisiones los engullan
Y las deudas los fulminen; sean los hombres como bosques
malditos
Y que las enfermedades relaman sus falsas sangres.
Y así, adiós y prospera.